



La Santa Sede

**DISCURSO DEL SANTO PADRE FRANCISCO
A LOS MIEMBROS DE LA FAMILIA FRANCISCANA
DE LA PRIMERA ORDEN Y DE LA TERCERA ORDEN REGULAR**

Sala Clementina

Jueves, 23 de noviembre de 2017

[Multimedia]

Queridos hermanos:

El “Señor Papa”, como lo llamaba San Francisco, os recibe con alegría y recibe en vosotros a los hermanos franciscanos que viven y trabajan en todo el mundo. Gracias por lo que sois y por lo que hacéis, especialmente a favor de los más pobres y desfavorecidos.

«Todos sin excepción llámense hermanos menores», se lee en la *Regla no Bulada*^[1]. Con esta expresión, San Francisco no habla de algo facultativo para sus hermanos, sino que manifiesta un elemento constitutivo de su vida y misión.

De hecho, en vuestra *forma de vida*, el adjetivo “menor” califica al sustantivo “hermano”, dando al vínculo de la fraternidad una cualidad propia y característica: no es lo mismo decir “hermano” que decir “hermano menor”. Por lo tanto, al hablar de fraternidad hay que tener en cuenta esta típica característica franciscana de la relación fraterna que os exige una relación de “hermanos menores”.

¿De dónde le vino a Francisco la inspiración de poner la minoridad como un elemento esencial de vuestra fraternidad?^[2]

Puesto que Cristo y el Evangelio eran la opción fundamental de su vida, con toda certeza podemos decir que la minoridad, aunque no carente de razones ascéticas y sociales, surge de la

contemplación de la encarnación del Hijo de Dios, y la resume en la imagen del hacerse pequeño como una semilla. Es la misma lógica del “se hizo pobre de rico cómo era” (cf. 2Cor 8,9). La lógica de la “explotación”, que Francisco puso en práctica literalmente cuando se «despojó hasta la desnudez de todos los bienes terrenales, para darse por entero a Dios y a los demás»[3].

La vida de Francisco estuvo marcada por el encuentro con *Dios pobre* presente en medio de nosotros en Jesús de Nazaret: una presencia humilde y oculta que el Poverello adora y contempla en la Encarnación, en la Cruz y en la Eucaristía. Por otro lado, se sabe que una de las imágenes evangélicas que más impresionaron a Francisco es el lavado de los pies de los discípulos en la Última Cena[4].

La minoridad franciscana se presenta a vosotros como un lugar de encuentro y comunión con Dios; como un lugar de encuentro y comunión con los hermanos y con todos los hombres y mujeres; finalmente, como un lugar de encuentro y comunión con la creación.

La minoridad es un lugar de encuentro con Dios

La minoridad caracteriza de forma especial vuestra relación con Dios. Para San Francisco, el hombre no tiene nada suyo excepto su propio pecado, y vale cuánto vale ante Dios y nada más. Por eso vuestra relación con Él debe ser la de un niño: humilde y confiada y, como la del publicano del Evangelio, consciente de su pecado. Y atención al orgullo espiritual, al orgullo farisaico: es la mundanidad peor.

Una característica de vuestra espiritualidad es la de ser una espiritualidad de restitución a Dios. Todo lo bueno que hay en nosotros, o que podemos hacer, es un don de Aquel que para San Francisco era el Bien, «todo el Bien, el sumo Bien»[5] y todo se restituye al «Altísimo, Omnipotente y Buen Señor»[6]. Hacemos esto a través de la alabanza, lo hacemos cuando vivimos de acuerdo a la lógica del don del Evangelio, que nos lleva a salir de nosotros mismos para encontrar a los demás y acogerlos en nuestras vidas.

La minoridad es un lugar de encuentro con los hermanos y con todos los hombres y mujeres

La minoridad se vive ante todo en la relación con los hermanos que el Señor nos ha dado[7]. ¿Cómo? Evitando cualquier comportamiento de superioridad. Esto significa erradicar los juicios fáciles sobre los demás y el hablar mal de los hermanos a sus espaldas[8] — ¡esto está en las Admoniciones!—, rechazar la tentación de usar la autoridad para someter a otros; evitar “hacernos pagar” los favores que hacemos a los demás, mientras que los de los demás los consideramos como debidos; alejar de nosotros la ira y la turbación por el pecado del hermano[9].

La minoridad se vive como una expresión de la pobreza que habéis profesado[10] al cultivar un espíritu de no apropiación en las relaciones; cuando se valora lo positivo que existe en el otro,

como un don que proviene del Señor; cuando, especialmente los ministros, ejercen el servicio de la autoridad con misericordia, como expresa magníficamente la *Carta a un Ministro*^[11], la mejor explicación que nos ofrece Francisco de lo que significa ser menor respecto a los hermanos que le han sido confiados. Sin misericordia no hay fraternidad ni minoridad.

La necesidad de expresar vuestra fraternidad en Cristo hace que vuestras relaciones interpersonales sigan el dinamismo de la caridad, de modo que, mientras la justicia os llevará a reconocer los derechos de cada uno, la caridad trasciende estos derechos y os llama a la comunión fraterna; porque no son los derechos lo que vosotros amáis, sino los hermanos, a quienes debéis acoger con respeto, comprensión y misericordia. Lo importante son los hermanos, no las estructuras.

La minoridad se vive también en relación a todos los hombres y mujeres con quienes os encontráis en vuestro *ir por el mundo*, evitando con la máxima atención cualquier actitud de superioridad que os pueda conducir lejos de los demás. San Francisco expresa claramente esta instancia en los dos capítulos de la *Regla no Bulada* donde pone en relación la decisión de no apropiarse de nada (*vivir sine proprio*) con la acogida benévola de cada persona hasta compartir la vida con los más despreciados, con los que son realmente los menores de la sociedad: «Guárdense los hermanos, dondequiera que estén [...], de apropiarse ningún lugar ni de defenderlo contra nadie. Y cualquiera que venga a ellos, amigo o adversario, ladrón o bandolero, sea recibido benignamente»^[12]. Y también: «Y deben gozarse cuando conviven con personas de baja condición y despreciadas, con pobres y débiles y enfermos y leprosos y los mendigos de los caminos»^[13].

Las palabras de Francisco nos empujan a preguntarnos como fraternidad: ¿Dónde estamos? ¿Con quién estamos? ¿Con quién tratamos? ¿Quiénes son nuestros favoritos? Y dado que la minoridad interpela no solo a la fraternidad sino a cada uno de sus miembros, es apropiado que cada uno haga un examen de conciencia de su propio estilo de vida; de los gastos, de la ropa, de lo que considera necesario; de su dedicación a los demás, del rechazo del espíritu de cuidarse demasiado uno mismo, también de la propia fraternidad.

Y, por favor, cuando hagáis alguna actividad para los “más pequeños”, los excluidos y los últimos, nunca lo hagáis desde un pedestal de superioridad. Pensad, más bien, que todo lo que hacéis por ellos es una forma de restituir lo que habéis recibido gratis. Como advierte Francisco en la *Carta a toda la Orden*: «Nada de vosotros retengáis para vosotros»^[14]. Haced un espacio acogedor y disponible para que entren en vuestra vida todos los menores de vuestro tiempo: los marginados, hombres y mujeres que viven en nuestras calles, en los parques o estaciones; los miles de desempleados, jóvenes y adultos; muchas personas enfermas que no tienen acceso a las curas adecuadas; tantos ancianos abandonados; las mujeres maltratadas; los migrantes que buscan una vida digna; todos aquellos que viven en las periferias existenciales, privados de dignidad y también de la luz del Evangelio.

Abrid vuestros corazones y abrazad a los leprosos de nuestro tiempo, y, habiendo comprendido la misericordia que el Señor os ha usado[15], usad con ellos misericordia, como la usó vuestro padre San Francisco[16]; y, como él, aprended a ser «enfermo con los enfermos, afligido con los afligidos»[17]. Todo esto, lejos de ser un sentimiento vago, indica una relación tan profunda entre las personas que, transformando vuestro corazón, os llevará a compartir su mismo destino.

La minoridad es un lugar de encuentro con la creación

Para el Santo de Asís, la creación era «como un espléndido libro en el cual Dios nos habla y nos refleja algo de su hermosura y de su bondad»[18]. La creación es «como una hermana, con la cual compartimos la existencia, y como una madre bella que nos acoge entre sus brazos»[19].

Hoy —lo sabemos— esta hermana y madre se rebela porque se siente maltratada. Ante el deterioro mundial del medio ambiente, os pido que como hijos del Poverello entréis en diálogo con toda la creación, prestándole vuestra voz para alabar al Creador, y, como hacía San Francisco, tened por ella un cuidado especial, superando cualquier *cálculo económico o romanticismo irracional*. Colaborad con diversas iniciativas para cuidar la casa común recordando siempre la íntima relación entre los pobres y la fragilidad del planeta, entre economía, desarrollo, cuidado de la creación y opción por los pobres[20].

Queridos hermanos, os renuevo la petición de San Francisco: *Y sean menores*. Dios guarde y haga que crezca vuestra minoridad .

Sobre todos vosotros invoco la bendición del Señor. Y, por favor, no os olvidéis de rezar por mí. Gracias.

[1] 6,3: FF 23.

[2] Cf. 1Cel 38: FF 386

[3] *Carta al obispo de Asís para la inauguración del Santuario de la Expoliación*, 16 abril 2017.

[4] Cf. Regla no bulada 6,4: FF 23; Admoniciones 4,2: FF 152.

[5] *Alabanzas del Dios Altísimo*, 3: FF 261.

[6] *Cántico del Hermano Sol*, 1: FF 263.

[7] Cf. Testamento, 14: FF 116.

[8] Cf. Admoniciones 25: FF 174

[9] Cf. *ibid.*, 11: FF 160.

[10] Cf. *Regla bulada*, 1,1: FF 75; *Admoniciones* 11: FF 160.

[11] Cf. FF 234-237.

[12] 7,13-14: FF 26

[13] 9,2: FF 30.

[14] 2,29: FF 221.

[15] Cf. *1Cel* 26: FF 363.

[16] Cf. *Testamento*: FF 110-131.

[17] *Leyenda de los tres compañeros*, 59: FF 1470.

[18] Cart. enc. *Laudato si'*, 12.

[19] *Ibid.*, 1.

[20] Cf. *ibid.*, 15-16.

Boletín de la Oficina de Prensa de la Santa Sede, 23 de noviembre de 2017.
